

¿Por qué nos casamos? ¿Para qué nos casamos?

“Todo lo que hagan, háganlo con amor” (1Cor 16,14)

P. Ricardo E. Facci

Cuando estaba en la Parroquia Sagrado Corazón de Rufino, o en otras oportunidades, ante algunos novios que pedían casarse yo les preguntaba: “¿por qué quieren casarse?” Claro, generalmente, la respuesta era: “Porque estamos enamorados”. Continuando el diálogo les decía, “¿ésta es la única razón?” “¿no tienen otro motivo?” La mayoría me miraba con rareza, tal vez pensaban que yo no tenía objetividad, o estaba fuera de mis cabales, y continuando el diálogo me decían: “¿es que hay algo mejor que estar enamorados?” Yo les agregaba ideas que desafiaban su seguridad, provocando que se quedaran sin argumentos, y busquen otras motivaciones para el casamiento. Les decía que, seguramente estaban con muchísimos sueños, cariños que rebalsan sus corazones y, además, que tenían una revolución interior. Les deseaba que disfrutaran mucho estos tiempos, pero, ¿qué harían cuando este tiempo de novedades se termine? Entonces les contaba una serie de situaciones de quienes ya estaban viviendo el matrimonio, que irremediablemente necesitaban una serie de otros fundamentos motivacionales para mantener una relación sana y duradera. ¿Qué me respondían? Lo que tal vez hubieran respondido ustedes en los primeros tiempos, sin ninguna duda, con firmeza, los novios me decían: “¡No padre, a nosotros no nos va a pasar!” En una de esas oportunidades estaban escuchando dos matrimonios experimentados, que no pudieron contener su risa y, además, entraron en la conversación.

Siempre pasa lo mismo, no hay mejor médico que el estudiante de medicina, mejor ingeniero que el estudiante de ingeniería, mejor abogado que el estudiante de abogacía, mejor cura que el seminarista, mejor religiosa que la novicia, claro mis hermanos, no hay mejores esposos y padres de familia que los novios. Pero, como dice el dicho: “los pingos se ven en la cancha”.

La hora de la boda es el inicio de una vida matrimonial que nunca se sabrá plenamente en lo que consiste, hasta que no haya finalizado el período de “luna de miel”. Hasta que se diga: “¡sí, a nosotros también nos iba a suceder!”

Aunque sea reiterativo, periódicamente es necesario volver a conversar sobre el matrimonio, creo que nunca es suficiente lo que hagamos en este sentido. Es lo mismo con respecto a mi sacerdocio, debe estar siempre “afilado”, para eso hay que volver de modo constante a preguntarse por el camino que vamos desandando. Los esposos deben conservar la frescura de su amor, alimentarlo cada día, llenar de sentido en lo cotidiano la respuesta que exigen las preguntas: “¿Por qué nos casamos? ¿Para qué nos casamos?”

Todos los días hay que encender la chispa del amor. Imagínense, un esposo que le diga a su esposa, “mi amor, cuando nos casamos te dije que te amaba. ¿Para qué más? No te preocupes que, si alguna vez cambio de idea, te lo diré. Además, para que estés tranquila te aseguro que cada día pondré sobre la mesa el pan cotidiano”. ¿Qué esposa se contentará con esto? O a la inversa: “querido, cuando éramos novios te dije que te quería mucho, ¿tendré que repetírtelo a cada rato? Además, para tu seguridad, preparo las comidas que te agradan, te lavo la ropa, la plancho...” Claro, esto sería tan raro que gracias a Dios no existe en el matrimonio de cada uno de ustedes. Pero, sí puede ser que en el caminar diario se hayan desgastado algunas cuestiones que necesitan reparación, rectificación, volver a ponerlas en primer plano. “A nosotros no nos va a pasar”.

La vida -toda vida- tiene cosas muy lindas, también sinsabores, dolores, penas, contratiempos, adversidades. Pero, aunque haya una catarata de contrariedades, éstas no son capaces de inundar el verdadero y auténtico amor. No debemos dejarnos llevar por conceptos que parecen obvios, hay quienes caen en la pobreza de la visión matrimonial de quien cree que cuando aparecen los problemas se pierde el amor. El verdadero amor se engrandece, se fortifica en el sacrificio, cuando a las dificultades se las comparte con generosidad en el seno de un corazón matrimonial. La vida es bella, es linda, lástima que algunos creen que esto significa que es fácil. Que la vida sea hermosa, no significa que sea fácil. Pero, allí está la grandeza de quienes saben aprovechar las adversidades, para crecer en el amor, en el cariño, logrando alcanzar un afecto auténtico y muy profundo. Todo lo hermoso tiene sus exigencias.

Algunos matrimonios se enredan en los obstáculos que pueden generar el carácter o la personalidad de cada uno. Ya lo saben: cada uno tiene su carácter, sus gustos, su buen o mal genio, sus defectos. Por otro lado, cada uno tiene también cosas maravillosas, virtudes, capacidades, temas agradables en su personalidad. La convivencia

se torna más fácil cuando cada uno trata de corregir las propias fallas y hace “vista gorda” a las faltas del otro. El amor auténtico disimula y logra superar todo lo que podría ser motivo de distancia, enfriamiento en la relación o de divergencia. En cambio, cuando se dramatiza ante las pequeñas diferencias y se echan en cara los defectos, errores y equivocaciones, expulsan de la casa la paz y se corre el riesgo de estropear el cariño.

Todos somos buenos cuando se saben descubrir y valorar las cosas buenas y las virtudes que hay en los demás. Además, cuando se corrige, se lo hace con caridad, en el momento oportuno, sobre todo, sin humillar. Jamás hay que olvidar que el talón de Aquiles del otro debe encontrar la fortaleza en uno. Otro tema que siempre se debe tener claro, es que el secreto de la felicidad matrimonial está en las pequeñas cosas, en lo sencillo de cada día, las grandes cosas ocurren pocas veces y pasan rápido. La felicidad pasa por descubrirla en la alegría que da el volver a casa; en el brindarse cariño mutuamente y entregarse a los hijos; en el espíritu de colaboración mutua; en el no perder el buen humor ante los problemas. Algo que puede ayudar: los problemas son para ser solucionados. Si no tienen solución, entonces no son un problema, serán situaciones para aceptar, asumir, amar más.

Para que el matrimonio conserve la frescura de los comienzos, es necesario conquistarse mutuamente cada día. El amor debe crecer desde el amanecer hasta el atardecer de cada jornada, recordando que el amor se gana con sacrificio, con generosidad, con sonrisas, con un “sentir con”, con amabilidad. ¿Recuerdan el pasaje donde Jesús echa los mercaderes del templo? Si llega al templo que es cada hogar, qué echaría... hagan la lista... Yo apporto a esa lista, la indiferencia, cuando sucede entre los esposos, o de los padres hacia los hijos, o -lo que es muy grave- hacia el mismo Dios. La indiferencia congela.

Somos cristianos, y esto debe manifestarse en nuestra vida. Por lo tanto, la fe, la esperanza y la caridad, ayudarán a iluminar nuestro camino de construcción de una vida feliz. En la temática que estamos abordando, la fe se ha de manifestar en la serenidad con que se enfocan y enfrentan los problemas, sean pequeños o grandes, habitantes de todas las familias. La esperanza se ha de mostrar en la perseverancia tras los objetivos de la vida matrimonial y familiar, sin claudicar en el superar los obstáculos propios de la vida y en el querer cumplir los correspondientes deberes de esposos y padres. La caridad lo llena todo, iluminando el compartir alegrías y sinsabores, sonrisas y lágrimas, triunfos y fracasos, sobre todo ayuda a dejar de lado las propias preocupaciones para centrarse en buscar contentar a los demás, a escuchar al cónyuge o a los hijos, mostrando que se los ama.

Lo que muchas veces arruina la felicidad de un matrimonio es la búsqueda desenfrenada del bienestar, del querer crecer en lo material, del buscar a toda costa eliminar todo lo que pueda causar dolor, creer que todo se supera con actitudes evasivas o aspirinas que nos hagan olvidar la cruz de la cotidianidad. Recordemos siempre que, para conseguir la felicidad, no es necesaria una vida cómoda, un corazón que ama contra todos los obstáculos para que nada lo enturbie o enfríe. La caridad les recuerda a los esposos que “todo lo que hagan, lo hagan con amor”. Las amarguras de la vida no hay que llamarlas, suelen venir solas, por eso, desde la caridad hagamos amable y fácil el camino del cónyuge y de los hijos.

Oración

Señor Jesús,
siempre recordamos aquel día en que nos pusiste juntos,
sabemos que estás de modo constante acompañándonos,
e iluminándonos en nuestro camino diario,
con tu testimonio de perseverancia ante las tantas dificultades de tu camino,
de tu plena entrega por amor.

¡A la oscuridad de la cruz, la hiciste luz!

Por eso, te pedimos nos ayudes a que nuestro andar cotidiano,
nos encuentre construyendo una vida cargada de un amor concreto,
que conduce a la felicidad plena.

Que nunca nos acostumbremos a vivir en la comodidad,
sino en la búsqueda constante de superarnos para crecer en el amor,
aunque esto implique asumir de modo total la cruz de nuestra vida,
la cruz que implica entregarse ciento por ciento al amor.

Contamos con tu gracia. Amén.

Trabajo Alianza

- 1.- ¿En qué aspectos de nuestra vida matrimonial dijimos “esto no nos va a pasar, y nos pasó”?
- 2.- Si hoy alguien nos preguntara “¿por qué se casaron?, ¿qué responderíamos?”
- 3.- ¿Hacemos el camino amable y fácil a los que conviven en nuestra familia?

Trabajo Bastón

- 1.- En general, ¿los padres transmiten a los hijos los riesgos en el futuro de una vida matrimonial? ¿Les entregan herramientas concretas para que puedan resolver problemas del futuro?
- 2.- ¿Qué colocaríamos nosotros en la lista de todo lo que expulsaría Jesús de nuestros hogares si llegase con un látigo como lo hizo en el Templo de Jerusalén?
- 3.- ¿Cómo enfrentar la vida matrimonial desde las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad?

¡Que en esta Pascua todos nos encontremos verdaderamente con Cristo Resucitado!